

en que se cambiaron votos melancólicos de felicidad; la de *Reyes*, tan popular en Francia, que se celebró en las tiendas con algunos ponches quemados en recuerdo de la familia y del hogar. El general en jefe había querido coronar con una solemnidad militar el año que concluía. Una reciente disposición imperial le había conferido el derecho de otorgar grados inferiores y cruces de la Legión de honor. El general Canrobert estimó justo y oportuno realzar la distribución de aquellas recompensas con el aparato de una revista. El 31 de diciembre, las tropas del cuerpo de sitio y de observación tomaron las armas y formaron en la meseta. Los uniformes deteriorados por tan larga campaña, las banderas agujereadas, las huellas aún visibles de los últimos combates, la proximidad de las fosas fúnebres en que ya descansaban tantas víctimas, todo daba á la escena una grandiosidad extraordinaria. Varias veces los acordes de las músicas militares fueron dominados por el estampido del cañón, señal de la lucha amortiguada, pero no interrumpida. Los generales Forey y Bosquet distribuyeron las cruces, cada uno á su cuerpo de ejército, en nombre del general en jefe; y luego el propio Canrobert, adelantándose á caballo en medio de las filas, dió con visible emoción las gracias á los soldados en nombre de Francia y del emperador.

VIII

Mientras los ejércitos aliados pasaban por las más duras pruebas, en París y en Londres reinaba una singular mezcla de sorpresa y decepción. El proyecto de la marcha á Crimea había parecido aventurado; pero una vez operado el desembarque, todo el mundo esperaba que Sebastopol caería muy pronto en poder nuestro. El *Times* creía conceder mucho señalando el plazo de un mes á la resistencia de la plaza. El lenguaje oficial no era menos optimista.

En medio de aquellas esperanzas cayeron sucesivamente los despachos de Crimea que anunciaron el bombardeo infructuoso del 17 de octubre, el combate de Balaklava, la destrucción de la brigada ligera y finalmente la batalla de Inkermann, victoria sin duda, pero muy diferente de la acción decisiva que se esperaba.

En París la emoción fué viva, aunque silenciosa. Decididamente el conflicto degeneraba en una guerra considerable; guerra que iba á ser larga y sangrienta y en que los desastres iban á alternar quizás con los éxitos, cualquiera que fuese la victoria final. Varias causas entristecían los ánimos. Reinaba el cólera, haciendo en muchas partes numerosas víctimas. La cosecha de 1853 había sido casi nula, la de 1854 mediana, y se temía que el invierno, tan rudo en Crimea, fuese también penoso en las casas pobres y en los talleres de Francia. Bajo tan tristes impresiones, los rumores poco favorables hallaban fácilmente crédito; hablósse de nuevos impuestos y sobre todo de levas extraordinarias. No era la prensa, reducida á la servidumbre, la que propagaba aquellos rumores; nacían espontáneamente y circulaban con asombrosa rapidez. Los prefectos procuraban calmar las inquietudes y averiguar quiénes eran los factores de falsas noticias, y no se cansaban de repetir que todo iba á pedir de boca. En esto se mostraban más optimistas que el soberano. Este publicó en 24 de no-

viembre una carta al general Canrobert manifestando su decepción, que era la de todo el mundo. El emperador terminaba anunciando importantes refuerzos y numerosas recompensas. Hablaban también de una próxima diversión en Besarabia, ya porque quisiera desorientar al enemigo é influir en las resoluciones de Austria, ya porque tal designio fuese realmente uno de los que acariciaba su espíritu inquieto.

En Inglaterra era mucho más ruidosa la expresión del sentimiento público. La extrema libertad de imprenta dejaba á la crítica todas las audacias. En las pérdidas de Balaklava é Inkermann la Gran Bretaña entraba por la principal parte. No se había recibido ninguna carta de Crimea que no señalase los vicios ó deficiencias de la administración militar. Habiéndose reunido el Parlamento el 12 de diciembre, el discurso de la Corona no disimuló la gravedad de las coyunturas. Al día siguiente, el ministerio presentó dos *bills*: el primero autorizaba la formación, por medio de recluta voluntaria, de regimientos de milicias para reemplazar, en el interior, en Malta, en Corfú y en Gibraltar, las guarniciones del ejército regular enviadas á Crimea; el segundo tenía por objeto permitir el enganche de soldados extranjeros. Los *bills* fueron aprobados, aunque no sin dificultad; no porque se les juzgase innecesarios, sino porque eran contrarios á las costumbres británicas. Después de este doble voto, las Cámaras se cerraron para las vacaciones de Navidad. Pero no quedó tranquila la opinión.

Los últimos días del año, que la tradición inglesa consagra á las fiestas, fueron días de agitación y de trastorno. La prensa arreció en su campaña contra la administración militar. Según informes de algún oficial inglés, prisionero de los rusos, valía más caer en manos del enemigo que tener que contar con la solicitud de las autoridades nacionales. Se comentaban sobre todo las confesiones escapadas á los consejeros de la Corona. En 12 de diciembre, en la Cámara de los lores, el duque de Newcastle, ministro de la Guerra, había evaluado en 53.000 hombres el número de soldados británicos enviados á Crimea (1). De estos 53.000 hombres 7 ú 8.000 componían los últimos refuerzos y bogaban hacia Quersoneso ó se hallaban estacionados en Constantinopla ó en Malta; de 12 á 15.000 formaban el efectivo válido acampado delante de Sebastopol. Pero ¿qué había sido de los demás? ¿Cuántos habían muerto en acción de guerra? ¿Cuántos de enfermedad? ¿Cuántos de miseria? ¿Cuántos, sobre todo, por la incuria del mando?

En 23 de enero de 1855, el Parlamento volvió á reunirse. El 26, en la Cámara de los comunes, Mr. Roebuck, diputado por Sheffield, presentó una demanda de información sobre el estado de las cosas en Crimea. Los miembros del gabinete Aberdeen comprendían que la opinión pública, en su decepción, reclamaba víctimas expiatorias. Uno de ellos, lord John Russell, más previsor que correcto, acababa de separarse de sus colegas como quien se aleja de una casa que amenaza ruina. Sir Sidney Herbert contestó al Sr. Roebuck. No negó el estado lastimoso del ejército inglés, pero lo atribuyó á causas generales, á inoportunas economías hechas en tiempo de paz, á la inexperiencia de ciertos oficiales, á

(1) Véase *Parliamentary Debats, Third series*, tomo CXXXVI, página 51.

la dificultad de los transportes desde Balaklava hasta el campamento, á la mala constitución de las oficinas de guerra. En la sesión siguiente, el canciller de la tesorería, Sr. Gladstone, con más elocuencia que esperanza, defendió la causa del gobierno. Procedióse á la votación, y 305 sufragios contra 148 se declararon por la información, pronunciando virtualmente la caída del ministerio.

La *Marsellesa*, aun cantada en inglés, no tiene el don

sobre el emperador de los franceses, y, sobre todo, de su temperamento político, tan identificado con el temperamento inglés. En tales circunstancias, supo justificar la elección de su soberana devolviendo la tranquilidad al país y la confianza al Parlamento. Adelantóse á la obra de la comisión parlamentaria de información al extremo de hacerla superflua. A su iniciativa, aceleráronse los transportes; encargáronse tiendas, vestuario y objetos de toda clase; empezóse el ferrocarril que había de



El general Niel

de crear soldados. En vano los periódicos hostiles al gabinete anunciaron una nueva era, predicando los grandes sacrificios. La verdad es que los donativos voluntarios aflúan, pero soldado voluntario no se presentaba ninguno. A los antiguos apuros se añadió el de formar nuevo gabinete. La reina pensó sucesivamente, para la presidencia del consejo, en lord Lansdowne, que era demasiado viejo; en lord Derby, que era muy elocuente, pero que no disponía sino de una mayoría muy precaria; hasta en lord John Russell, á quien su reciente defección había desacreditado mucho. Por último, la elección recayó en lord Palmerston. Este tenía sobre sus antecesores la ventaja de su popularidad personal, de sus relaciones en todos los partidos, de su influencia

poner á Balaklava en comunicación con el campamento inglés; y dictáronse medidas para reorganizar los hospitales, mejorar los servicios médicos y sanear los vivasques (1). Con una mezcla de firmeza y de soflama, el hábil ministro evitó todas las proposiciones que hubiesen consagrado la ingerencia del Parlamento en la dirección de la guerra. La preocupación dominante del primer ministro fué la de reforzar el ejército inglés, cubriendo las bajas y aumentando los efectivos. Para esto contaba menos con sus compatriotas, muy valientes, pero poco militares, que con los extranjeros. Su activi-

(1) Carta á lord Raglán, 22 de febrero de 1855 (*The life of viscount Palmerston*, tomo II, pág. 308).

dad no fué estéril. La crisis dependía, no de la incuria del ministerio precedente, sino del paso brusco de la paz á la guerra. La Gran Bretaña había sido sorprendida, pero no era impotente. Pocos meses después, el ejército inglés de Crimea asombró al mundo por la abundancia de sus riquezas, tanto como antes lo había asombrado por su penuria.

Aunque menos desprevenida, Francia se disponía también á hacer nuevos sacrificios. Entonces el ejército de Oriente se aumentó con la agregación de las divisiones 6.^a, 7.^a y 8.^a Un aviso del *Monitor* anunció que los soldados cumplidos continuarían en las filas. El Cuerpo legislativo, reunido en 23 de diciembre, votó una leva de 140.000 hombres, y un decreto ordenó la formación de una nueva legión extranjera. A principios de enero, parte de la guardia imperial fué enviada á Marsella. Varios jefes nuevos, elegidos entre los más expertos y los más activos, fueron enviados al teatro de la guerra: entre estos figuraba el general Pelissier, que reemplazó, en el mando del cuerpo de sitio, al general Forey, llamado á Francia. Para atender á los gastos de la campaña, una ley de 31 de diciembre de 1854 autorizó un empréstito de 500 millones que se añadió á los 250 millones ya votados.

Todas estas medidas eran preparadas y puestas en ejecución en medio de una muda obediencia. La emoción que había seguido á la batalla de Inkermann empezaba á calmarse, y el tren de la vida social había recobrado su regularidad. Cobrábanse los impuestos sin dificultad alguna. Los ingresos iban en aumento. A pesar de la crisis alimenticia, el dinero abundaba de tal modo que un decreto ministerial pudo rebajar el interés de los bonos del Tesoro. Abierta la suscripción al empréstito, éste se cubrió cuatro veces. Reinaba una simpatía generosa y unánime en favor del ejército de Crimea; los regimientos que marchaban eran saludados con emoción y orgullo; los comités de suscripción recogían abundantes donativos: médicos, capellanes y hermanas de la Caridad se ofrecían de todas partes para alivio ó consuelo de las miserias. Al anuncio de cada catástrofe había una explosión de caridad. Así sucedió al saberse el ciclón del 14 de noviembre, y sobre todo cuando, tres meses después, se tuvo noticia del naufragio de la fragata *Semillante*, que se perdió completamente en la costa de Cerdeña, tan completamente que de su tripulación y de sus 400 infantes, destinados á Crimea, no se encontraron más que algunos cadáveres y algunos girones de uniformes en la costa del islote Lavezzi. Teníanse por muy legítimas aquellas emociones, pero con la condición de que no degenerasen en investigaciones curiosas ni en divulgaciones inoportunas. El gobierno procuraba que no se descorriese el velo de las operaciones militares. «Si los informes son falsos, extravían la opinión; si son exactos, enteran al enemigo.» Así se expresaba el *Monitor* (1). Pero éste no se creía obligado á la reserva que imponía á los demás: hablaba á intervalos y con frecuencia torpemente. «El estado sanitario del ejército es excelente, decía el 12 de enero; la disenteria casi ha desaparecido, y no queda huella alguna de cólera. La suavidad de la temperatura recuerda el clima de Italia.» Por aquel enton-

(1) *Monitor* de 10 de febrero de 1855.

ces desembarcaban cada día en el puerto de Marsella los repatriados de Crimea, heridos, convalecientes, encenques y helados, que aquel clima «italiano» nos devolvía.

El silencio no implica siempre la calma. Los secretos consejos de las Tullerías no eran menos ansiosos que las deliberaciones públicas del Parlamento inglés. El emperador sentía los sufrimientos de sus soldados: tanto por política cuanto por amor propio, deseaba una victoria brillante, y su impaciencia soportaba mal los retrasos ó los obstáculos de una fortuna, no mala, pero sí mediocre. Tenía bastantes conocimientos militares para poder hablar de estrategia, pero no los suficientes para imponer su criterio. Sus opiniones, que emitía con prodigalidad, no eran órdenes ni pretendían serlo, pero, dada su procedencia, significaban algo más que simples consejos. Emitidos á ochocientas leguas de distancia, no llegaban hasta quince días después, es decir, fuera de oportunidad, y llenaban menos de luz que de confusión el espíritu de los jefes. Napoleón III había estudiado el arte de los sitios, la artillería sobre todo, y tenía acerca de estas materias algunas pretensiones. Juzgando las cosas según las teorías de escuela ó según las suyas propias, no tenía en cuenta la configuración de Sebastopol, ni el trabajo del enemigo, ni las mil circunstancias que, según los puntos, las intemperies, las insuficiencias de efectivo y demás modifican día por día las resoluciones militares. Sus ideas, aún las más sensatas, á menudo habían dejado de ser practicables cuando llegaban al campamento. Sin embargo, él, en el fondo de su gabinete, rodeado de croquis y de mapas, mal informado á menudo por cartas de personas envidiosas, poco inteligentes ó interesadas, se irritaba de no poder deslumbrar al país y á Europa con algún brillante triunfo. A veces, ese despecho le inspiraba apreciaciones maliciosas, poco en armonía con su acostumbrada amenidad. «No vacilo en decir, escribió un día, que los trabajos del sitio no tienen sentido común (2).» De este modo mortificaba á sus mejores servidores, hasta á los que, en aquella época, merecían mejor de la patria. Su espíritu, vagando sin cesar por los confines de la realidad y de la ilusión, acariciaba toda clase de planes. Tan pronto quería que los turcos tomasen la ofensiva á orillas del Pruth, tan pronto pensaba en la concentración de todas las fuerzas de Omer Bajá hacia Sebastopol; otras veces, descontando el porvenir, se preguntaba qué haría de Crimea cuando la hubiese conquistado. Su pensamiento retornaba siempre al sitio de Sebastopol. «Sería necesario enviar allí, escribía al ministro de la Guerra, un coronel de ingenieros muy capaz y provisto de vuestras instrucciones especiales.» Mientras tanto, expedía á Oriente *missi dominici* encargados de llevar recompensas, de inspeccionarlo todo y de informar minuciosamente acerca de todo. El general Montebello había llegado á fines de diciembre; siguiéronle otros oficiales, á menudo de graduación modesta, pero de mucha primanza.

Aquellas investigaciones no informaban siempre al soberano; en cambio, producían rozamientos, eran para los espíritus descontentos ó maliciosos una invitación

(2) Camilo Rousset, *Guerre de Crimée*, tomo primero, página 419.

á la crítica, y debilitaban el mando. En enero de 1855, un intérprete más autorizado del pensamiento imperial abordó en Crimea; éste fué el general de ingenieros Niel, ya distinguido por sus jefes en el sitio de Roma, puesto hacía poco de relieve por la toma de Bomarsund, general de división, ayudante del emperador, considerable por su rango y por su talento y más todavía por la entera confianza del soberano. Después de una corta permanencia delante de Sebastopol, volvióse á Constantinopla, desde donde embarcóse de nuevo, no para Francia, como todo el mundo creía, sino para el mar Negro. Desde entonces, el general Bizot, jefe oficial de ingenieros, tuvo un vigilante, ó al menos un coadjutor. ¿Sería un coadjutor con futura sucesión? La bala de cañón que dos meses después mató á Bizot zanjó la cuestión de herencia.

En medio de aquellos proyectos un poco vagos, dos ideas nuevas, positivas y precisas, nacieron y se afirmaron. La primera consistía en que Sebastopol no caería en nuestras manos si antes no se la bloqueaba en absoluto. Tal era la opinión del emperador, y sobre todo la del general Niel, el cual, una vez llegado al campamento, la sostuvo con terquedad. El cerco era á sus ojos la operación previa sin la cual todas las otras serían vanas: mientras los sitiados tuviesen sus comunicaciones libres por la bahía grande, nada sería decisivo. «En cuanto al asalto, al menos inmediato, decía, hay que renunciar á intentarlo á viva fuerza, pues no ofrece bastantes probabilidades de éxito para arriesgar en él nuestros soldados más valientes (1).» El otro proyecto había

(1) Carta del general Niel al Emperador, 14 febrero de 1855. (*Journal des opérations du génie*, pièces justificatives, núm. 18.)

nacido en Crimea y lo justificaba la naturaleza misma del terreno. Desde el principio de la empresa, las miradas se habían fijado en la altura coronada por la torre de Malakof, y muchos estaban persuadidos de que, si se llegase á tomar aquel punto dominante, se sería dueño de la plaza. Poco á poco esta convicción había cundido por el campamento, y ya se imponía á la atención de la comandancia superior.

El primero de los proyectos, dada la insuficiencia del efectivo debilitado por el invierno, no podía ser puesto inmediatamente en ejecución, mientras que el del ataque de Malakof parecía entonces realizable. Esta última idea iba á popularizarse pronto. Insensiblemente el interés iba á pasar del sitio de la ciudad al sitio de Kárbelnaia, del *sitio de la izquierda* al *sitio de la derecha*, de los baluartes de la Cuarentena y del Asta á las dos Estrellas y sobre todo á la famosa torre que tanta sangre iba á costar y que aún hoy tantos recuerdos despierta. Puede decirse que va á empezar un segundo período del sitio.

Pero antes de narrar esta nueva fase de esfuerzos y trabajos, hemos de llevar nuestra atención á otra parte. Mientras los sufrimientos del invierno ponían á tan dura prueba los combatientes de Crimea, la diplomacia, tan ingeniosa en sus combinaciones como robusta en sus esperanzas, trataba de abreviar la lucha que no había podido evitar. Conviene referir aquí la historia de aquellas negociaciones que duraron todo el invierno y se prolongaron hasta la primavera. Después volveremos á las costas del mar Negro para referir la gloriosa defensa de los rusos, el ataque no menos glorioso de los aliados y finalmente el destino supremo de la desdichada Sebastopol.